

completó el terceto, y Luis quedó embobado contemplándolos hasta que, moderadas un tanto las risotadas, un fuego graneado de sarcasmos y de observaciones cáusticas vino á hacerle conocer que había presenciado la más solemne y majestuosa mojiganga de que puede ser víctima ó bufón un amante desdenado ó caído.

—Eso no me gusta—dijo al paje cuando se hallaron solos en su cuarto:—ó ese Lucioli es un pobre sandio á quien chasquean sin compasión, ó es un miserable que se consuela con dinero y á quien sería mucho mejor plantar en la calle.

—Paréceme—dijo el paje en tono seco y formal—que os metéis á criticar la conducta de nuestra bienhechora, y si es así, también yo os diré, señor conde, que *eso no me gusta*.

—Poneos en mi lugar—dijo Luis algo confuso;—¿no pensaríais, viendo cosas tan extrañas, que la princesa es muy cruel con los que osan elevarse hasta su altura, ó muy inconstante con los que á ella hace subir por un momento?

Respondió el paje á estas razones con una carcajada; mas volviendo inmediatamente á su anterior formalidad, salió de la estancia diciendo á Saint-Julien:

—Amigo mío, ni la fidelidad ni la prudencia admiten el espíritu de análisis.

VI



El día siguiente llamó la princesa á su secretario y se encerró con él en su gabinete. Mil proyectos la ocupaban; quería introducir notables economías en su lujo, fundar un nuevo hospital, cercenar las riquezas de un cabildo, escribir un tratado sobre la economía política y otras muchas cosas más; Saint-Julien quedó pasmado y creyó por un momento que no bastaría ni aun para plantearlas toda la vida de un hombre; pero sentó ella con tanta exactitud los puntos principales, dióle explicaciones tan concisas y luminosas, que pronto empezó á ver claro en lo que había tomado al principio por el caos de una cabeza mujeril. Antes de despacharle, le confió un trabajo bastante difícil que debía presentarle acabado el día siguiente, y de que quedó contenta aunque hizo en él numerosas enmiendas y anotaciones.

Muchos meses emplearon en disponer y llevar á cabo aquellos trabajos. Durante todo este tiempo estuvo la princesa encerrada en su palacio; se suspendieron todas las diversiones y besamanos, estuvieron las calles silenciosas, y no iluminó las fachadas el resplandor de las hachas. Quintilia, vestida de un largo ropón de terciopelo negro y recogido su hermoso cabello bajo una toca á lo María Stuardo, parecía

olvidar completamente el lujo, pompa y bullicio á que era tan inclinada; sumergida en estudios serios y en útiles reflexiones, no se procuraba más distracción ni solaz que el de fumar por la noche en una azotea, con sus confidentes íntimos, á saber: el paje, el secretario y la Ginetta. Paseábase á veces en



góndola con ellos por el pequeño y manso río llamado Celina que cruza el principado; pero toda alegría bulliciosa estaba desterrada de sus conversaciones. Sus proyectos de mañana, sus trabajos de ayer la ponían en un inmediato y continuo roce con Saint-Julien, resultando de esto entre ellos una fa-

miliaridad en que había un no sé qué de sereno y fraternal que era algo más que la amistad y que no se parecía sin embargo al amor. Así lo creía Luís al menos, pero ello es cierto que un solo pensamiento dominaba su alma y absorbía todas sus facultades. Si no hubieran llenado las horas en que la princesa le desterraba de su presencia el constante trabajo que ella le imponía y los breves momentos de descanso que le era forzoso tomar, seguramente le hubieran parecido insoportables; pero apenas se levantaba, pasaba al gabinete de Quintilia y no se separaba de ella hasta la noche; con él hacía todas sus comidas, comidas á la ligera y casi napoleónicas (1). Si reposaba tal vez el ánimo fatigado de sus continuas tareas intelectuales con ideas más agradables, siempre era en compañía de su joven protegido: hablábale de las bellas artes que ambos amaban y sentían profundamente, escuchaba con interés algunas sencillas y tiernas poesías de que se inspiraba el joven á su lado, ó bien le hablaba de las ventajas de

(1) Sabido es que Napoleón, hombre de una actividad increíble, era tan expeditivo para comer como para todo.—(N del T.)

una vida laboriosa y arreglada, de los encantos de una amistad pura y santa. Escuchábala el mancebo con delicia, y al ver su casta frente y su mirada maternal, olvidaba que podía nacer en su pecho, al lado de aquella mujer, una pasión borrascosa ó fatal; persuadíase de que había llegado al término de los deseos de un alma noble; creía haber alcanzado para siempre una felicidad completa y sin remordimientos. Verdad es que á veces, cuando se hallaba solo, al salir de aquellas dulces pláticas, su cabeza se inflamaba, su corazón latía apresurado, su agitación se convertía en un vago dolor, pero un sentimiento piadoso sucedía á estas agitaciones; daba gracias á Dios por haberle sacado de una condición dolorosa para colmarle de tantas felicidades; lloraba como un niño; pronunciaba el nombre de Quintilia y le asociaba al nombre de María, la Virgen de los Cielos. Y después que aligeraba su oprimido corazón con estos éxtasis, emprendía con nuevo ardor la tarea que le había confiado su soberana, y saboreaba anticipada la delicia de merecer y alcanzar sus elogios y su agradecimiento.

Enteramente separado del resto de la servidumbre de la princesa, sólo tenía algunas relaciones con Galeotto: su carácter tímido y algo altivo, sus serias y asiduas ocupaciones y sobre todo el sentimiento de bienestar interior en que se hallaba y que hacía inútil para él toda expansión, se oponían á que tuviese comunicación alguna con los demás; tan retirado vivió desde su llegada á la corte de todo lo que no era Quintilia, que apenas sabía los nombres de las personas que á cada paso encontraba en las habitaciones del palacio; y en tanto una verdadera pasión, devoradora, tenaz, eterna, se encendía en su alma sin saberlo él mismo, á la sombra de aquella peligrosa confianza. La imaginación de aquel joven era tan pura, tan mal conocía el amor, que no creía en sus tormentos y los padecía sin sospechar su existencia.

Así pasaron seis meses; una tarde, hallóse el trabajo terminado. Todo aquel día había estado la princesa más grave y pensativa de lo acostumbrado; escribió de su propio puño una página entera al final del mamotreto que acababa de presentarla Saint-Julien, y mientras en esto se ocupaba, la Ginetta, que se había introducido con mucho tiento en la estancia, esperaba con una especie de ansiedad á que acabase; sus

ojos negros y traviosos se dirigían con impaciencia ya á la puerta donde divisó Luis una punta del ferruelo de Galeotto, ya á la frente sombría y fruncido ceño de la princesa. Dejó ésta en fin la pluma con aire distraído, se cubrió el rostro con las manos, volvió á tomar la pluma, se entretuvo un momento con una trenza de su pelo que se había soltado, luego se estremeció de repente, trazó con precipitación algunos números, firmó el registro, le cerró, y de un manotazo le echó á rodar al otro extremo de la mesa: en seguida, sin dejar la pluma, púsose en pie, se volvió hacia la Ginetta, y la plantó en un mechón de su negra cabellera.

—¿Se acabó por fin, señora?—dijo lanzando un grito de júbilo.—¿Esa blanca mano va á romper la pluma y á manejar de nuevo el cetro y el abanico? ¿Hemos llegado al término de esta pálida cuaresma? ¿Va á romper en fin el placer la boca del sepulcro en que le ha hundido vuestra Alteza? ¿Puedo tirar por la ventana esta pícara pluma, que me pesa en la cabeza como si fuera de plomo?

—Haz con ella un auto de fe—respondió Quintilia;—ya no trabajo más por este año.

—¡Viva la libertad!—exclamó Galeotto entrando de un brinco en la estancia.—Á riesgo de llevar la merecida reprimenda, no puedo resistir á la tentación de hincar una rodilla en tierra ante mi soberana, y suplicarla que se digne romper las cadenas de su escudero.

—Tiende tu alegre vuelo, linda mariposa—dijo la princesa dándole un beso en la frente.

—¡Virgen María!—dijo el paje levantándose.—Más de tres meses hacía que no honraba tanto vuestra Alteza á su pobre enano. Ya estamos todos salvos, renacemos, rompemos el capullo, resucitamos.... Aleluya! Aleluya!

—Quememos esta maldita pluma—dijo la Ginetta.

—Nada de eso—repuso el paje quitándose la de la mano;—metámosla en el tintero del señor secretario, y vaya todo junto al Celina.

—Alto ahí—dijo la princesa;—respetad el trabajo, la reflexión y la economía. Giuliano mío, ya nos volveremos á ver las caras entre el polvo de los libros; descansemos hoy y digamos adiós á estas negras vestimentas; riamos con estos niños; seamos jóvenes y alegres como ellos. Paje, haz ilumi-

nar las cuatro fachadas de mi palacio; tú, Ginetta, vuelve la libertad á mis cabellos y quitame del dedo esta última mancha de tinta.

Frotó Gina las manos de la princesa con esencia de limón; el paje abrió las ventanas y dió desde ellas algunas órdenes en alta voz; luego se llevó á Luis á la azotea, y dándole un soberbio ramillete de flores, le dijo:

—Llévaselo á su Alteza, échate á sus pies y procura que deje caer sobre ti una dulce mirada; sobre todo, despídete para mucho tiempo de ese continente abatido. ¿De qué te admiras? Creías que estábamos convertidos para siempre y que todo había de ir conforme á tus gustos y á tus ideas? Aprende á conocer la amistad; yo que podría vengarme de todo el aburrimiento que me has causado, quiero por el contrario ayudarte á recobrar tu privanza que titubea.

—Te juro, amigo mío, que no lo entiendo—respondió Saint-Julien tomando maquinalmente el ramillete.

—Ea, ea—interrumpió empujándole hacia la estancia—si no eres negado, aprovecha la ocasión porque ya empieza la gresca.

Alzábanse ya en efecto por los aires los armónicos sonos de cien instrumentos y volaban por las calles infinidad de cohetes y carretillas.

—¿Qué quiere decir toda esa algazara?—dijo Luis.

—Eso es obra mía—respondió Galeotto en tono de hombre muy satisfecho de sí mismo;—obra que debe salvar ó perder á no pocos aduladores, hacer volar á los unos como águilas, hacer zampuzar á los otros como gansos.

Saint-Julien empujado por el paje se acercó á la princesa con muestras de turbación y timidez.

Ya estaba transformada en otra mujer muy distinta de la que estaba viendo hacía seis meses; tenía el cabello perfumado, la frente coronada de diamantes de siete colores, loco y magnífico tocado. Su cuerpo había mudado de actitud y su rostro de expresión; indudablemente parecía más joven y estaba más hermosa y seductora que con su ropón negro y su aire meditabundo, pero á Luis le gustaba antes mucho más...

—Arrodíllate—le dijo el paje al oído—y procura besarla la mano.

Creyó Saint-Julien que se burlaban de él, y casi estuvo á punto de acusar á Quintilia como cómplice en aquella pantomima. Dejóse caer lentamente sobre el cojín de terciopelo que estaba á sus pies, y trémulo y palpitante, alzó sobre ella una mirada que parecía una triste y cariñosa reconvención; pero en vez de hallarla irónica como creía, Quintilia le cogió cariñosamente una mano.

—¿Qué veo? Flores en la mano de Saint-Julien!—le dijo con amable sonrisa;—y precisamente me traes las flores que más me gustan, la rosa turca y la pompadura que embriaga! Vengan, vengan, Giuliano; tú también quieres rejuvenecerte y gozar!... Bien, hijo mío, bien. Hagámosles ver que el trabajo no nos ha vuelto estúpidos, y que nuestras facultades no se han embotado como nuestras plumas.

Esto diciendo, besó Quintilia á su secretario en las dos mejillas; era aquella la primera vez que tal hacía, y tan lejos estaba el joven de esperarlo, que estuvo á punto de desfallecer bajo la violencia de su conmoción interior. Dióle como un vahído, y no le fué posible comprender lo que pasaba en torno suyo.

Hubo grandes fuegos artificiales sobre el río, y una magnífica cena que parecía improvisada, pero que Galeotto y la Ginetta tenían dispuesta muy de antemano, prolongó la diversión hasta muy entrada la noche. Saint-Julien al principio siguió maquinalmente á la princesa; todavía se hallaba bajo la delirante impresión de aquel beso, y así no pensó más que en admirar la hermosura y amable dignidad de los que la festejaban; mas poco á poco todo aquel séquito de cortesanos que ya había perdido la costumbre de ver interponerse entre ella y él, aquel bullicio que no le permitía ser oído él solo, aquel movimiento que, al parecer, embelesaba á Quintilia, llegaron á serle odiosos. Más de una vez sintió impulsos de dejar toda aquella algazara é ir á encerrarse en su cuarto; pero un sentimiento de adusta y recelosa inquietud le detuvo al lado de la princesa.



VII

MIGO mío—le dijo Galeotto á la mañana siguiente—pongo en tu noticia que anoche estuviste soberanamente ridículo. ¿Qué tenías? ¡Triste, pálido, consternado!... Mira lo que haces: la princesa está de humor de divertirse; si no te diviertes, eres perdido.

—¡Perdido!—dijo Saint-Julien;—¿cómo? ¿porqué?

—¿Por qué? porque la aburrirás. ¿Cómo? porque olvidará hasta tu nombre.

—¿Dónde estamos, Dios mío?—dijo Luis pasándose la mano por los ojos con invencible tristeza.—¿Estoy soñando? ¿Cómo ha podido mudar todo de tal suerte en doce horas!

—Tú no conoces el mundo—repuso el paje;—ignoras que se necesita no contar con nada, estar preparado á todo y tener veinte caras para mudar con los que mudan.

—Pero hazme conocer á Quintilia, explicamela: ¿qué me importan los demás?

—¡Quintilia!—dijo el paje bajando la voz;—¡que te explique esa mujer ¡yo! Mira; diez y seis años tengo y no me faltan ambición, travesura y cierta inteligencia...

me afano por comprender; obedezco, adivino lo que me van á mandar... me parece que esto es algo para mi edad: pero que penetre la razón de lo que veo, de lo que oigo y de lo que hago es ya demasiado exigir de mi inexperiencia y de mi juventud. Tú si que debieras, filósofo profundo, ilustrarme á mí.

—Sólo una cosa quiero saber—dijo Luís fijando sus rasgados ojos tristes en los vivaces ojillos de Galeotto.—Bien veo que hay en ella dos mujeres distintas, una verdadera y otra artificial; una que ha nacido lo que es, otra formada por el siglo y por los hombres; ¿cuál de ellas es la obra de Dios?

Tuvo el paje en los labios una contracción nerviosa, como si fuera á decir una palabra cinica: adivinó Saint-Julien las dos sílabas que se asomaban á aquella boca sardónica, y un doloroso estremecimiento corrió por todo su cuerpo; pero mudando de pronto el paje de ademán y de tono con aquella flexibilidad de cortesano que era innata en él:

—Esa pregunta no tiene pies ni cabeza, amigo mío—le dijo paseándose con gravedad por el cuarto:—el amor y la metafísica te han trastornado el seso. ¿Te parece á ti que *nacemos* algo? Bastante hacemos cada cual con nacer noble, canalla ó príncipe. Si yo fuera frenologista, te diría cuál es y cuáles protuberancias del cráneo de su Alteza motivan las contradicciones que ves en ella; pero no siendo más que un pobre ignorante, prefiero admirar sus cabellos de azabache y recibir en esta frente pecadora los besos de una boca ducal, á...

Recordando el beso que había recibido, estremeciéndose el joven conde y se puso sucesivamente encendido y pálido como un difunto; advirtiéndole el paje y parándose en frente de él con los brazos cruzados:

—Amigo mío—le dijo—tú estás enamorado... ¡hombre al agua!

—¿Yo?—dijo Luís todo turbado;—no lo creas. Venero á mi soberana, la...

—Calla, calla, no digas disparates—repuso Galeotto:—ya no estamos en los tiempos de la caballería andante; en el día un noble y aun un pastelero pueden casarse con una princesa. Estás enamorado, pero eres un loco.

—Déjate de bromas, Galeotto.

—Aquí no hay broma que valga. Ayer cuando recibiste

aquel par de besos, estuviste á punto de desmayarte, lo que para uno que no aspirara más que á medrar hubiera sido de excelente efecto; esas timideces prosperan por esta tierra más que las fatuidades á lo Lucioli. No serás tú á quien te casen con una dueña y te envíen á tomar los aires al campo con cincuenta mil francos de renta y una momia ambulante como mistress White; pero te pondrás, sí, un collarcito de oro al pescuezo y te dejarán encanecer echadito sobre un rueda entre el cervatillo atigrado y la galga blanca.

—¿Y cuál es el importante papel que haces tú aquí?—dijo Luís algo picado.

—Ninguno—respondió el paje;—pero no estoy enamorado, y cuando me besan en la frente, no olvido que soy un dije, un animalito casero, un niño condenado á no crecer; en esta inteligencia, mientras llego á ser hombre y hasta que empiecen á echarlo de ver, voy volviendo á la Ginetta los besos que me dan... Haz lo que yo, Giuliano; la Ginetta es una muchacha excelente.

Tuvo Saint-Julien como un mareo y forzoso le fué apoyarse en el respaldo de una silla que tenía al lado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó con mortal angustia—¿á dónde me habéis conducido? ¿En qué abismo de corrupción me habéis precipitado?

Respondió Galeotto con una sonora carcajada á aquel místico apóstrofe.

El sencillo Luís le miraba con sorpresa y con una especie de temor. Criado en el campo, lleno de inocencia y de candor, no podía comprender la precoz depravación de aquel hijo del siglo, de aquel fruto amargo de la civilización.

—¡Tan joven y tan hermoso!—prosiguió mirándole con una sinceridad de dolor que aumentó la algazara del paje:—¡con tanta gracia, con una frente tan pura, ser ya tan árido, tan frío, tan calculador! ¡Haber vencido ya el amor y el entusiasmo y los sentidos! ¡Y qué! ¡ni siquiera enamorado de Ginetta!... ¡Irónico é insultante bajo los labios de ésta, desconfiado y frío bajo los labios de aquella! ¿Qué amáis pues, que podéis amar en este mundo, anciano de diez y seis años?

—El dinero y el poder—dijo el paje;—¡el dinero para tener buenos caballos, ricos trajes y mujeres de quienes no tenga que estar enamorado hasta el punto de saltarme la tapa de

los sesos si me son infieles; de esas mujeres que tienen el talento extrictamente necesario, ni más ni menos, para darnos un momento de delirio, único bien que puede dar de sí la



mujer, falsa y lasciva como lo es por naturaleza! El poder para humillar á los pícaros y á los necios que me adulan y me aborrecen, para hundir en el polvo esas caras orgullosas que se bajan para mirarme. ¡Sí, sí! el dinero y el poder; todo

hombre que no sea imbécil ó loco, debe aspirar á esto y despreciar lo demás.

—¿De quién habéis aprendido esos principios?—dijo Saint-Julien;—¿de Quintilia?

—¡Oh! ¡siempre á vueltas con la misma idea! ¿Qué me importa á mí Quintilia? ¿Piensas tú que trato yo de vejetar en esta miserable nación en miniatura? ¿Piensas tú que esta parodia de reino y estas sombras de cortesanos y estas fortalezas de bizcocho, y este palacio que serviría de ramillete en la mesa de un banquero, y estos empleos que desdeñaría el groom (1) de un par de Inglaterra, y todo este verdadero juego de chiquillos es cosa que me cautiva y me seduce? Eso es bueno para ti, virtuoso cleriguillo, que ya te crees en la cumbre de las grandezas humanas y que tomas el teatro de polichinela por la Scala ó por San Carlos (2). Menos feliz, yo no me alucino; conozco que el universo entero no es bastante espacioso para mi actividad y me ahogo en esta estufa donde nos freímos como pobres castañas que una mujer saca de la lumbre en beneficio del diablo. Ea, buen Giuliano, sigue tu vocación y no te cures de la mía: yo sí que debía quedarme patitieso en vista de un candor como el tuyo, porque eres en verdad una excepción, un fenómeno, una maravilla en este siglo de cálculo y de egoísmo. Acaso eres un ángel á los ojos de Dios, pero yo te juro que los hombres te enseñarían por dinero si supieran lo que eres.

—¿Pues qué soy?—exclamó Saint-Julien confundido.

—¿Quieres que te lo diga? ¿No te enfadarás?

—No.

—Eres un simple.

—¿Y Quintilia?

—Algún día te lo diré si nos vemos á cien leguas de aquí.

(1) Lacayuelo.—(N. del T.)

(2) Magníficos teatros, acaso los primeros de Europa, el primero en Milán y el segundo en Nápoles.—(N. del T.)

ción de mariposas y de insectos. Corpiños de mil colores apretaban las cinturas; luengas alas de toda especie de telas, dispuestas sobre imperceptibles alambres, se desplegaban sobre las espaldas ó caían á lo largo de los costados y eran, en verdad, admirables la exactitud de los matices, la forma de los detalles, el corte y actitud de las alas y hasta la fisonomía de cada insecto, reproducida por el peinado ó compostura de la cabeza del personaje encargado de representarle. El buen abate Scipione, transformado en langosta, daba sus co-



VIII

RANDES funciones se preparaban en palacio; nunca había visto Saint-Julien un lujo tan desenfrenado ni tan exorbitantes gastos. Nadie podía obtener audiencia de la princesa sino para hablarla de disfraces, de músicos y danzantes; y el pobre

secretario privado, indiferente á todas aquellas cosas, vagaba pálido y triste en medio de aquel desorden, entre el polvo de los preparativos y la turba multa de los obreros. Tres días enteros pasaron sin que viese á la princesa, con lo que cayó en una honda melancolía y lloró su hermoso sueño desvanecido, sus dulces ilusiones perdidas. En la mañana del baile, acordóse de él y le hizo llamar para entregarle el traje que debía ponerse; dióle gravemente las más frívolas instrucciones, pidióle su parecer sobre el corte de las mangas que la estaba probando la Ginetta, y luego olvidó su presencia y le dejó retirarse sin reparar en él.

Magnífico fué el baile, merced al más estafalario capricho de la princesa; toda la corte representó una inmensa colec-



rrespondientes brinquitos con sumo donaire en un estrecho vestido de crespón verde-claro. El rozagante Lucioli, bien ceñido en una concha combada de raso color de castaña, y cubierto el vientre de una chupa listada de blanco y negro, representaba admirablemente un abejarrón de la más corpulenta especie conocida. La larga y amojamada marquesa Lucioli, ex-mistress White, estaba estupenda bajo su estrecha falda de terciopelo negro y grandes alas de tafetán amarillo con rayas azules; con su chupada cara pálida, los tijeretazos de sus alas y su manera de andar que se esforzaba, aunque en vano, por ser vivaracha y graciosa, cualquiera la hubiera tomado por la gran mariposa llamada *podalira*, tan desgaliçada y torpe que las golondrinas se desdeñan de perseguirla y la dejan aletear y caer al suelo entre las amarillentas y fes-

toneadas hojas del sicomoro. El pajecillo Galeotto representaba la linda mariposa llamada *Argos*; brillantes pedrerías de todos colores rielaban sobre sus alas de terciopelo azul celeste, forradas de raso matizado de nácar, amarillo y rosa. La Ginetta llevaba un corpiño azul con rayas negras, y batía con graciosa desenvoltura sus transparentes alas de crespón. Luis iba disfrazado de *antiope*, con alas de terciopelo negro franjeadas de oro.

La princesa misma había presidido á la elección y distribución de todos estos trajes. Había consultado á más de veinte sabios y revuelto todos los tratados de etimología de su biblioteca, para llegar á un grado de perfección capaz de hacer perder la chaveta al más grave de todos los profesores de historia natural habidos y por haber. Con rara sagacidad había sabido adecuar cada papel, ó al menos cada color, al carácter y fisonomía de cada individuo. Veíanse en derredor suyo esbeltas venecianas vestidas de avispas, de cucarachas y de mosquitos; brillantes oficiales convertidos en grillos, en capricornios, en esfinges; viéronse varios jóvenes abates transformados en hormigas, y el mayordomo en araña. Hubo moscones y lagartijas que produjeron un verdadero entusiasmo; la luciérnaga dió golpe, y las mujeres alborotaron el baile con sus chillidos á la vista del enorme escarabajo sagrado de los egipcios.

Pero entre todas aquellas aéreas cohortes, distinguíase Quintilia por la riqueza y sencillez de su traje. Había elegido por emblema la gentil mariposa blanca de la noche: su falda y sus alas de gasa de plata mate caían graciosamente plegadas á lo largo de su cuerpo; llevaba en la cabeza dos soberbios marabús que, inclinándose desde su frente sobre sus hombros, representaban con suma propiedad dos flexibles antenas.

El piso estaba cubierto de flores; multitud de escalas de seda, ocultas entre guirnaldas de rosas, estaban clavadas á las paredes ó suspendidas de las bóvedas. Los más temerarios trepaban á aquellos frágiles apoyos, se colgaban de ellos, bajaban, subían, se columpiaban entre las columnas ó se lanzaban de una á otra batiendo sus diáfanos alas, lo que formaba un espectáculo verdaderamente mágico, y cuya novedad embelesó por un momento al mismo Saint-Julien; mas pronto

inesperadas angustias le arrancaron de su pueril admiración. Quintilia, colmada de atenciones y galanteos, se abandonaba con tanta alegría al placer de ser admirada, que el pobre mancebo no pudo dudar por más tiempo del error á que le habían inducido seis meses de retiro y de serena felicidad.

—¡Insensato!—se decía;—¿cómo pude imaginar que esa mujer tuviese otra cosa en el corazón que la vanidad de su sexo y el orgullo de su linaje? ¿Qué placer ha sacado de alucinarme y de alucinarse á sí misma con aquellos soñados proyectos filantrópicos, con aquellas altas ambiciones de un alma generosa, cuando sus más ardientes deseos, cuando sus más completas delicias son un pasatiempo ruinoso y el insulso incienso de las cortes?

Y á pesar de estas tristes reflexiones, con ansiedad espiaba todas sus miradas; seguía á hurtadillas todos sus pasos cuando se le figuraba que hacía más caso de un hombre que de otro; su corazón palpitaba, perdía el seso, estaba á punto de dar una ridícula campanada; mas luego se contenía como para darse cuenta á sí mismo de sus propias agitaciones y estremecerse de sentir el amor al mismo tiempo que la aversión.

Habiéndosela descompuesto un poco el peinado en un vals, esquivóse la princesa y entró en sus habitaciones para arreglarle, sin querer molestar á la Ginetta que estaba bailando en otra sala. Retiróse, pues, sola y en silencio á su tocador; pero en el momento de ir á cerrar la puerta, vió detrás de sí un rostro pálido: era Saint-Julien que la había seguido. En el delirio de su pesar había creído verla hacer un guiño á Luciola y no pudo contenerse.

—¿Qué me quieres, Giuliano?—le dijo con sorpresa;—parece que estás triste ó enfermo. ¿Tienes algo que decirme? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Os molesto, señora—respondió tartamudeando.—Mandadme que os deje sola.

—No hay para qué—repuso con absoluta indiferencia;—siéntate en ese diván mientras me arreglo estas plumas, y si tienes algo que decirme, ya te escucho.

Sentóse Luis y quedó en silencio. Quintilia, en pie delante de su espejo y volviéndole la espalda, arregló su peinado con mucha cachaza; luego que hubo despachado, pensó en él y le miró en el espejo: parecía un difunto.

Fué á sentarse á su lado, y asiéndole la mano con un desenfado que parecía provenir no menos de la bondad de su corazón que de la marcialidad de su carácter:

—Tú tienes algo—le dijo;—tú sufres; estás enfermo ó eres desgraciado... ¿cuál de los dos? Habla, ya sabes que soy tu amiga.

Inclinó Luís el rostro sobre las hermosas manos de Quintilia y las cubrió de lágrimas.

—Estás enamorado—le dijo apretándoselas cariñosamente.

—¡ Ah! ¡ señora!...

—Lo estás, ¿no es verdad!

—¡ Sí, sí!

—¿ De quién?

—Nunca me atreveré...

—¿ De la Ginetta?...

—No señora.

—¿ Luego será de mí?...

—Sí señora.

—Tanto peor para ti—respondió haciendo un ademán de impaciencia que rayaba en despecho:—tanto peor para los dos.

Creyó Saint-Julien haber herido su orgullo.

—Perdóneme vuestra Alteza—la dijo;—soy un necio y un insolente; vais á despedirme, pero yo prevendré vuestras órdenes sobre este punto; lo único que yo hubiera deseado es una palabra de compasión antes de perder para siempre la dicha de veros, señora!...

—¡ Bah, bah! tú no sabes lo que te dices, Luís; no pienso por ahora despedirte, y si te vas será muy contra mi voluntad. Crees haberme ofendido, pero te engañas; si te amara, te lo diría, y si te lo dijera, me casaría contigo.

Poco faltó para que Saint-Julien se restregase los ojos como hombre que acaba de soñar; pero no dejó también de mortificarle aquella franqueza.

—Deja ese aire compungido, Giuliano; por tu vida que le dejes. Mira; todos los jóvenes son presumidos ó novelescos; tú no eres presumido, pero eres novelesco. Te crees enamorado de mí y no lo estás; y ¿ cómo habías de estarlo, cuando no me conoces?

—Razón tenéis en eso, señora: el cielo sabe que no os co-

nozco; si os conociera, me vería radicalmente curado, ó decididamente incurable; pero es el caso que no sé lo que sois, y esta incertidumbre me mata. Ya os tomo en el secreto de mi corazón por un ángel del Señor, y ya... sí, no quiero ocultarlo, ya os comparo á Catalina II.

—Salvo los asesinatos, envenenamientos y otras miserias de este jaez, que no constituirían, al fin y al cabo, una gran diferencia—dijo la princesa con seca ironía:—¿no es verdad?

Luego, aventándose con su abanico de plumas,

—Adelante, señor conde—prosiguió— siga adelante su arenga.

—Burlaos de mí, despreciadme—dijo Luís desesperado;—tenéis razón, tratadme como á un loco, lo soy! ¿Qué me importa vuestra cólera? ¿Qué me importa vuestro desprecio? En el momento de perderos para siempre, cuando ya nada arriesgo, todo os lo puedo decir.

—Decid, decid—respondió con mucha calma.

—¡ Pues bien! Digo, señora, que esto no puede durar, y que es preciso que yo me ausente. Me tratáis con confianza, y no la merezco; me colmáis de favores, y soy un ingrato. En vez de limitarme á serviros y veneraros en silencio, me ocupo en todas vuestras acciones, sospecho en vos las mayores infamias; os espío como si estuviera encargado de asesinaros, pregunto á vuestros criados, estudio vuestras miradas, comento vuestras palabras, aborrezco vuestro tocado, quisiera matar á los que os admiran... ¡Estoy celoso, señora, celoso y desesperado! Mofaos de mí, ¡oh! sí, ¡yo os lo pidol! ¡Yo mismo me burlo de mí más amargamente de lo que nadie podría hacerlo! ¡De tres días á esta parte, sobre todo, estoy loco, completamente loco: á cada momento estoy á punto de dirigiros reconvencciones, y de pedir os cuenta de mis tormentos!... ¡Yo á vos!... ¡Yo, vuestro lacayo!... Señora, bien sé que soy vuestro lacayo...

—No hay que apurarse tanto—interrumpió la princesa;—yo no trato de humillaros: esos medios son buenos para quien no tiene otros. Ni sois mi lacayo, señor conde, ni lo seréis nunca; además, aun cuando lo fuérais, un caso habría en que tendríais derecho para hablarme como acabáis de hacerlo; ¿sabéis cuál?

—Ya nada temo, ¡decidlo!

—Os lo diré sin cólera y sin desprecio. Ese caso, Luís, sería aquel en que yo os hubiera alentado á hacerme la corte siquiera por... ¿por cuánto diré? por cinco minutos... ¿Es mucho?

—Muy cruel sois conmigo, señora, y lo merezco. ¡No! no me habéis alentado ni un momento, lo sé; no me habéis dirigido ni una mirada, ni una expresión que pudiera autorizarme á esperar...

—Á no ser que hayáis tomado por pruebas de mi amor ó por señales de mi liviandad, las atenciones y desvelos de una amistad inocente, de un aprecio muy sincero... Muchas veces he oído decir que las mujeres antes de llegar á cincuenta años, no tienen derecho para ser como yo, que la franqueza no les sirve para nada... así lo ví en efecto haciendo la experiencia, ¿pero con quién? con necios ó con malvados. Yo os tomaba por hombre capaz de juzgarme.

—Señora, señora, injusta sois por vida mía. Me habéis preguntado en tono de autoridad; me habéis arrancado mi secreto... «Si estás enamorado, lo estás de mí.»

—Vuestra culpa, Luís, no consiste en decírmelo, sino en estarlo.

—¿Y pensáis que eso depende de mi voluntad?

—¡Tal vez! ¡Si yo fuera hombre, sería amigo de Quintilia, la comprendería, la adivinaría y acaso la estimaría!

—¡Pues bien! dejadme que os comprenda, señora—exclamó el jóven hincándose de rodillas sin acercarse á ella, y aún podrá ser vuestro amigo y también vuestro vasallo.

—Señor conde—dijo la princesa poniéndose en pie—yo no tengo que dar cuentas á nadie: mucho tiempo há que aprendí á despreciar la opinión de los hombres. ¿No habéis leído la divisa de mis armas, *Dios es mi juez?*

Salió de la estancia, dichas estas palabras, y Saint-Julien, sin ser poderoso á levantarse, quedó como herido del rayo.

IX



UEGO que volvió en sí de su primera consternación, triste, desesperado, se cubrió el rostro con las manos, y empezó á llorar como un niño.

—Lo tomas con demasiado calor—le dijo el inalterable Galeotto, que acababa de entrar sin que él le viera:—ya te traigo mejores noticias. Su Alteza te prohíbe salir de palacio, y te manda que vayas á hablarla á su cuarto mañana, después del baile.

—¡Cómo!—exclamó Saint-Julien.—¿Te ha dicho?...

—Lo mismo que te lo estoy contando; pero me parece que basta para adivinar todo lo que ha pasado. ¿Con que, en fin, aventuraste tu declaración? No me parece mal... ¡quién sabe! puede que tu buena fe te aproveche más que á otros su industria... ¿Por qué me miras con esos ojos espantados?... ¿Su Alteza se amoscó seriamente, eh?... Mejor es eso que la sorna del desprecio. Cuando volvió al baile tenía un aire tan sombrío que, á pesar de que al instante empezó á bailar con el duque de Gurck, bien se conocía...

Saint-Julien no le escuchaba; cogióle del brazo Galeotto, y se lo llevó á los jardines.